

# HERMANDAD COLOMBO-ECUATORIANA

El pasado mes de marzo una comisión de generales colombianos hizo entrega al señor General de Brigada **Guillermo Rodríguez Lara**, Presidente del Ecuador, de la condecoración "José María Córdoba", conferida por el Gobierno de Colombia. En acto solemne verificado en el Palacio Presidencial de Quito, con tal objeto, el señor Mayor General **Luis Carlos Camacho Leyva** y el Primer Mandatario del Ecuador intercambiaron los discursos que publicamos a continuación.

## PALABRAS DEL SEÑOR MAYOR GENERAL LUIS CARLOS CAMACHO LEYVA, PRESIDENTE DE LA DELEGACION DE GENERALES DE COLOMBIA

Excelentísimo Señor General **Guillermo Rodríguez Lara** Presidente del Ecuador.

Excelentísimo Señor doctor **Domingo Sarasty Montenegro**, Embajador de Colombia.

Señor Comandante del Comando Conjunto.

Señor Comandante de la Policía Nacional.

Señores Agregados Militares.

Señores:

Han querido el Gobierno y el Alto Mando Militar de mi patria, robustecer, aún más, los vínculos de unión, solidaridad y aprecio, con este gran pueblo ecuatoriano del cual usted es digno representante, Excelentísimo señor. Y para hacerlo nada mejor que escoger la persona del Primer Mandatario de la Nación para rendirle un homenaje de admiración y afecto.

La situación era un tanto complicada, no desde el punto de vista de lo que con justicia se quiere demostrar,

sino dentro del ambiente protocolario que muchas veces contrasta con el calor humano que tanto enaltece y vivifica los actos y el espíritu de los hombres. Se pensó que muy recientemente, durante el abrazo cordial y promisorio que se dieron los gobernantes de estos dos pueblos hermanos, en el Puente de Rumichaca, se había otorgado al Jefe del Estado ecuatoriano la Gran Cruz Extraordinaria de la Orden de Boyacá y que, en consecuencia, cualquier manifestación de tipo heráldico sería de menor jerarquía, pues, dicha condecoración es la máxima presea que Colombia tiene establecida para exaltar las virtudes de sus mejores hijos y de sus más entrañables amigos. Pero afortunadamente, al mismo tiempo se advirtió que nuestro Ejército, del cual usted fué parte fecunda, aunque fugaz, señor Presidente, nada había hecho para reconocer sus virtudes de soldado profesional, de caballero sin tacha y de amigo invariable, y entonces se resolvió, para llenar el vacío, otorgar a su persona la condecoración Militar "**José María Córdoba**", en su más alta jerarquía; la daga de bronce y acero que usa el imberbe cadete colombiano como símbolo de renunciamento y de esperanza; y enviar este mensaje de cordial amistad con estos generales que tengo el honor de presidir, con quienes usted, señor Presidente, compartió ilusiones, angustias y desvelos, en los bancos de la Escuela Militar de Bogotá, cuando por comisión del Gobierno del Ecuador fué sobresaliente alumno de la promoción **Camilo Torres**, el pa-

tricio payanés, bajo cuya sombra tutelar todos hemos transitado nuestro propio sendero.

Entre todas nuestras condecoraciones Militares se escogió la "**José María Córdoba**" por que se consideró que la marcialidad del héroe, su arrogancia, su patriotismo, su sentimiento del honor y sus realizaciones en pro de la libertad de América, son un buen acopio de virtudes y merecimientos que reducidas a la presentación de su efigie, broquelada en fino metal, pueden adornar con decoro el uniforme de un soldado, como usted, Excelentísimo señor Presidente, que ha sabido llevar la insignia de su Ejército con orgullo, con decidido nacionalismo y, especialmente, como emblema de la pujanza de su raza y de la voluntad inquebrantable de un futuro mejor para su pueblo. Y, se escogió, también, por estimar que este colombiano puede recordarse con singular afecto entre las gentes honradas de esta tierra amable, generosa y buena, por haberle cabido a él en suerte, durante su fulgurante carrera, ayudar a iluminar, con luz inextinguible las laderas del "**Pichincha**" que son uno de los hitos de gloria de la emancipación americana. Y especialmente, por haberlo hecho, en compañía de **Abdón Calderón**, el gran Capitán de la jornada, quien tuvo ante sus pupilas dilatadas, la imagen trágica y hermosa de la victoria y a quien podemos aplicar, también, la frase del poeta: "Vivió para su patria un solo instante, vivió para la gloria demasiado". Asimismo se escogió esta con-

decoración porque en los esfuerzos de estos héroes, que apenas traspasaban los umbrales de la adolescencia, está escrito el más bello ejemplo de solidaridad Americana. El uno sirviendo en el Batallón Alto Magdalena, el otro en el "Yaguachi", ambos bajo la dirección genial de **Sucre**, todos alentados por comunes ideales, todos cubriéndose de gloria y **Abdón Calderón** entregando su preciosa existencia en aras de lo que había forjado en su generoso corazón que solo dejó de palpitar después de haber caído varias veces herido y haberse levantado otras tantas, dejándonos escrita con su sangre una bella página de bravura, de honor y sacrificio.

La Daga que hemos traído, señor Presidente, es un recuerdo que nuestra Escuela Militar desea ocupe cualquier lugar amable que usted quiera asignarle en el ambiente de su hogar. Con ella se aspira a que usted en aquellos momentos libres que puedan quedarle, si ello fuere posible dentro de sus múltiples ocupaciones de estadista, renueve todas aquellas ilusiones de los tiempos mozos, cuando buscábamos con afanosa esperanza poder usar sobre nuestros hombros la estrella del mando y abrigábamos la ilusión remotísima de conquistar, algún día, las insignias de Generales de la República.

Nuestra presencia, aquí, Excelentísimo señor, debe interpretarse como una clara expresión de amistad del pueblo colombiano y, especialmente, de sus Fuerzas Armadas, para con el pueblo y las Fuerzas Armadas del E-

cuador, de una amistad inmunizada contra los egoísmos y los recelos, de una amistad que todo lo ofrece y nada pide, de una amistad que se inició por nuestros héroes comunes en los campos de batalla y ahora debe constituir vasto patrimonio nacional y nacionalista que no estamos autorizados para dilapidar. Y, también, por que no decirlo, esta presencia nuestra, aquí, es una especie de manifestación orgullosa de nuestra parte al podernos ufanar de haber compartido con usted, señor Presidente, aquellos tiempos donde flotaron nuestros mejores sueños; por ver como uno de los nuestros dirige con dignidad y con decoro los destinos de un país hermano; por saber que su corazón de patriota está atento a entregarlo todo por el bienestar de sus conciudadanos; por verificar que las virtudes que nosotros le adivinamos en su temprana juventud se aquilataron con su consagración al estudio y el transcurrir de su vida fecunda; por comprobar que la amistad que otrora iniciamos no ha sufrido mengua ni deterioro, por razón del tiempo, de los honores o del triunfo. Es por ello que nos atrevemos a decir, también, que somos portadores de un mensaje fraternal de todos aquellos compañeros y amigos que conformaron nuestra promoción; y contarle, señor Presidente, que algunos de ellos, aunque han escalado como nosotros la jerarquía de los Generales de nuestra tierra, no pudieron acompañarnos por compromisos ineludibles de sus obligaciones; que otros abandonaron la ruta a lo largo del ca-

mino pero que mantienen vivos su honestidad y patriotismo; que otros entregaron sus vidas en función de los deberes que juramos cumplir; y que todos han mirado a distancia buscando en el horizonte el ancho camino de la grandeza patria.

Permitidme, Excelentísimo señor, que después de estas palabras que he

dicho con toda el alma y todo el corazón, cumpla con la satisfacción de colocar sobre vuestro pecho de hombre de bien y de patriota ejemplar la condecoración militar que os otorgó el Gobierno Colombiano, con singular acierto, y que os hagamos entrega de la daga del cadete colombiano, con todo su simbolismo y toda su grandeza.

---

## **PALABRAS DEL SEÑOR GENERAL DE BRIGADA GUILLERMO RODRIGUEZ LARA, PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DEL ECUADOR**

### **Predilectos amigos y compañeros del Colegio Militar de Bogotá:**

Os recibo con la más profunda alegría, con el abrazo que traduce la amistad íntegra, sincera e inalterable, con el cordial apretón de manos que evidencia un afecto nacido y fortalecido en las prestigiosas aulas de la Escuela Militar de Colombia, donde permanecí recibiendo la cultura clásica y profesional que ese connotado Instituto proporciona a los jóvenes colombianos que escogen la carrera de las Armas, para identificarse más hondamente con su Patria bella y legendaria, así como hace partícipes de su formación profesional, a alumnos de países latinoamericanos que cursan igualmente la carrera militar, y consiguen el privilegio de formar en los cuadros estudiantiles de tan alto y

prestigioso Centro de Estudios, que ha vinculado a Jefes, Oficiales y Cadetes de algunos Ejércitos de Amerindia.

Alma adentro, compañeros y amigos, soy el mismo que conocísteis en los actos rutinarios y solemnes de la Escuela; el mismo que departió con vosotros las inquietudes del alumno que agota jornadas de estudio y de preparación técnica, para llegar a los días responsables, pero colmados de esperanza en que la carrera militar es un hecho de profundas resonancias psicológicas, un estado de ánimo semejante al que domina el espíritu del hijo adulto que recibe el encargo de cuidar a su madre, en la salud y en la enfermedad; una conciencia responsable que tiene la obligación, sacrificada a veces, de no descuidar un solo minuto, así en la vigencia de la soberanía de su Patria frente a las demás Patrias, co-



*J. Rodriguez*

mo en la unidad interna de la Patria común, su organización jurídica fundada en la libertad y en la justicia, su espíritu solidario con lo universal y con lo humano, su destino de integración final cuando las pasiones y la ambición sean eliminadas del espíritu del hombre, y, sobre todo, de quienes ejercen la misión militar, que, aunque suene un tanto paradójico, es la misión civil por excelencia, porque mantiene los niveles justos en las relaciones entre individuos y colectividades, entre ciudadanos y el Estado.

Con la fuerza de la emoción que me embarga, están desfilando por mi mente, vívidos en color, en forma y contenido, los recuerdos de los episodios compartidos con vosotros, del romántico forjar de nuestros propios destinos y de los destinos de nuestras dos Patrias, juntas en la geografía, juntas en la prehistoria de milenios, juntas en la efusión de sangre con que sus pueblos, campesinos y humildes, regaron por las altas sierras, por los valles florecidos, por los huertos fragantes, por los jardines de color inimitable para fecundar la libertad política de pueblos y naciones en embrión; gesta cuyo heroísmo, por la diferencia inmensa entre la fuerza militar colonialista, y los efectivos casi desarmados que pusieron sus corazones, su puños, sus pupilas, y sus pies incansables para conquistar nuestra libertad política.

Hablando de imborrables episodios juntos compartidos, permitidme que mi espíritu vuelva a vivir intensa-

mente de uno de ellos: amanecer del día, los rayos del sol se insinúan a saltar al horizonte, fresco el ambiente en la meseta bogotana, formación impecable de jóvenes militares, de pronto voces viriles, estentóreas, confundidas en una sola, hienden el espacio etéreo, como para despertar a los espíritus de los héroes, próceres, padres de la Patria, con las sagradas expresiones de: "Colombia Patria mía, te llevo con amor en mi corazón, creo en tu destino y espero verte siempre grande, respetable y libre...". Pero, ¡qué sorpresa agradable! Un alférez ecuatoriano contagiado por tan profunda unción cívica, insensiblemente musita, también, la misma venerada Oración Patria.

Y luego de esta evocación que prende en mi alma suaves manifestaciones de afecto, de admiración y de respeto para Colombia, para sus Fuerzas Armadas, para su pueblo mil veces valiente y mil veces amigo de la libertad y de la justicia, me estoy preguntando a qué inescrutable destino, a qué Suprema Voluntad de Dios, se debe este hecho sin precedentes, en virtud del cual, un joven estudiante ecuatoriano que recibió en Bogotá el calor de hogar que tanto necesitaba para el cumplimiento de su misión, sea hoy el Jefe del Estado al que venís a honrar con vuestra visita, a tender vuestras manos generosas, llenas de amistad verdadera, al amigo y compañero de hace tantos años. Con extremada emoción que invade mi ser, con la voluntad más decidida y cariñosa, permitidme que haciendo un paréntesis en las altas responsabilidades que entraña

la conducción de la República, me considere únicamente, en este instante, el soldado de mi Patria, el oficial a quien vuestro Instituto, tan acogedor y ejemplar, entregó bases fundamentales del conocimiento y de la ciencia, principios éticos que conforman la personalidad del hombre, y, sobre todo, el hábito familiar, hondamente cariñoso; que me sienta sólo vuestro amigo ecuatoriano (que hoy ocupa la posición abrumadora, pero honrosa, con que me distinguieron mis compañeros de las Fuerzas Armadas, en un instante crucial para mi Patria), para así poderos abrazar reiteradas veces, con sencillez y gratitud, lejos de lo formal y transitorio para rubricar, la vieja amistad colombo-ecuatoriana llamada a enlazar, en un futuro cercano, los países, de Francisco de Paula Santander y Abdón Calderón, cuya unidad soñó la mente genial de Simón Bolívar, y rubricó la virtuosa y magnánima espada del Gran Mariscal de Ayacucho.

Me faltan expresiones acertadas y calurosas para agradecer a vosotros, compañeros colombianos, meritísimos Generales de las Fuerzas Armadas de vuestra Patria que venís con una misión singular y ejemplarizadora para los países de raíz latinoamericana. Me refiero a la altísima condecoración, de pura entraña amistosa, de aquilatado sentimiento fraternal, con que acudís a rejuvenecer el pecho de este compañero de jornadas indelebles, de este camarada de sueños juveniles, y de amor intenso para Colombia y Ecuador. Altísimo honor recibir esta pre-

sea, por ser de Colombia, la nación hermana, de vuestro glorioso Ejército, de manos amigas y compañeras, señor General Luis Carlos Camacho Leiva y, amén, por pertenecer a la Orden del Mérito Militar "José María Córdova" en el grado de Gran Cruz; es decir, en nombre del paradigma de soldado colombiano, que siendo joven Teniente Coronel, libertó Antioquia, Chocó y Bajo Magdalena, del intrépido de Cartagena, el "príncipe", en valor, de Macuritas, según el llanero Páez; el triunfador de Rionegro, el "Marte de América", el de la carga demoleadora y decisiva con el Alto Magdalena en Pichincha, el victorioso General de División ascendido en el mismo campo de Ayacucho, el, según el conspicuo, versado y distinguido historiador, Mayor del Ejército Colombiano, José Roberto Ibáñez Sánchez, "bravo neogranadino, el magnífico complemento de la genialidad militar de Sucre". Esta condecoración que tan enaltecedor significado personal tiene en las presentes circunstancias, lo comparto jubilosamente con los Jefes, Oficiales y Soldados de las Fuerzas Armadas Ecuatorianas.

Os renuevo mi amistad, el testimonio leal de mi gratitud imperecedera, junto a mis deseos personales por el éxito que merecéis todos y cada uno de vosotros. Trataré de ser digno de la excepcional honra y confianza que me habéis dispensado, de mi condición de ex-Alférez y Subteniente Honorario del legendario Ejército de vuestra augusta Colombia.

Gracias.